

¿Naturalismo como respuesta a las angustias de identidad? (Sobre xenofobia, nación y la coyuntura alemana actual)

Esteban Krotz

I

EN VARIAS RETROSPECTIVAS HECHAS a finales del año de 1992, éste no apareció como el año de las Olimpiadas, de la Expo Sevilla, del Quinto Centenario. En cambio, iba a quedar en la memoria como un año particularmente lleno de estallidos de violencia etnicorracial en todo el mundo, en el Norte como en el Sur, en el Oeste como en el Este. Sintomáticos fueron los sucesos de Rostock (el incendio de un albergue de solicitantes de asilo) y, medio año después, justamente durante la visita del presidente federal alemán a México, de Mölln (el asesinato de dos niñas y una mujer turca en un incendio similar); de Tlalpan (la negativa por parte de la gerencia de un hotel “decente”, al margen de los discursos oficiales acerca del “encuentro de dos mundos”, de dar hospedaje a varios viajeros cuando éstos se revelan como indios provenientes de Oaxaca); de Los Ángeles (¿quién no recuerda las dos videocintas proyectadas muchas veces en los noticieros, una, en la que cuatro policías blancos golpean a un automovilista negro sospechoso de haber infringido el reglamento, la otra, en la que varios negros golpean a un chofer blanco de camión que casualmente pasa por el barrio?); de la antigua Yugoslavia, cuya situación actual es simbolizada por Sarajevo, “la capital del mundo en estos momentos. Capital del dolor, ultrajada y asesinada todas las noches ante una indiferencia que recuerda la impasibilidad de 1939...” (Pacheco, 1993:52).¹

¹ Uno de los editores del semanario *Die Zeit* anotó en su análisis del año anterior: “En las montañas de Bosnia murió un pedazo del sueño europeo de 1989, de que la larga noche de la barbarie había seguramente terminado” (Sommer, 1993:1).

Pero es sabido que todos estos sucesos tuvieron antecedentes; que la cadena sigue. Y no sólo ahí, pues a diario nos enteramos de que lo mismo ocurre en otras partes, desde la creación de ejércitos tribales en África negra, la persecución de kurdos en el Cercano Oriente, los enfrentamientos militares en antiguas regiones y a lo largo de nuevas fronteras en lo que fue la Unión Soviética, los choques entre grupos étnicos y religiosos en India y Sri Lanka, hasta los disturbios en los guetos magrebíes de París, los ataques a caribeños en Madrid, la matanza de indios yanomani en Brasil, la discriminación múltiple de que son objeto los latinos en muchas partes de Estados Unidos...

¿Qué tienen en común todas estas situaciones, si tienen algo? ¿Hay situaciones paradigmáticas cuyo análisis particular aporta luz sobre lo que está sucediendo, al parecer, en todo el mundo?

Uno de los casos más comentados es, junto con la guerra civil en la antigua Yugoslavia con las terribles "limpiezas étnicas" y situaciones similares en Levante, sin duda, el alemán. Además de por la atención general dedicada a este país con motivo de las secuelas políticas y económicas de la unificación, se entiende fácilmente la razón de esto. Para muchos, la historia del Tercer Reich ha asociado el nombre de Alemania firmemente con doctrinas y prácticas racistas y genocidas; también, las noticias diarias muestran la existencia de una problemática etnicorracial particularmente multifacética: desde tensiones de carácter etnicorregional creadas por la unificación de dos países separados durante casi medio siglo y por un alto porcentaje de población de inmigrantes y solicitantes de asilo, hasta las drásticas modificaciones constitucionales recientes para limitar la hasta entonces bastante generosa legislación del asilo político; desde las cadenas de luces en muchas ciudades para protestar contra la animosidad hacia los extranjeros, hasta las campañas publicitarias de empresas privadas e instituciones gubernamentales preocupadas por posibles consecuencias negativas para los negocios a causa de una imagen xenófoba en el extranjero; pero, ante todo, la incesante secuencia de todo tipo de malos tratos infligidos a toda clase de extranjeros que ha culminado repetidamente en ataques físicos violentos, heridos graves y hasta asesinatos múltiples.

Xenofobia, antiextranjerismo, racismo, etnocentrismo, discriminación étnica, odio racial, neonazismo, fascismo, radicalismo o extremismo de derecha, violencia juvenil: tales palabras surgen en los comentarios sobre estos sucesos. La revisión de libros y revistas, de periódicos y de semanarios, de declaraciones de políticos y especialistas de diferentes orientaciones muestra rápidamente que las explicaciones de estos sucesos y del clima sociocultural en que se enmarcan son bastante diversas, por lo cual no hay ningún consenso sobre posibles medidas para mejorar la situación.

Puesto que se trata de un caso poco aclarado aún y el acceso a suficiente información especializada y actualizada resulta bastante difícil, no puede realizarse aquí un examen de las diferentes hipótesis ni pretenderse una explicación propiamente dicha y, menos aún, una generalización válida para otros casos. Más bien se intentará, en lo que sigue, reflexionar sobre algunas condicionantes y rasgos, tanto generales como particulares de este caso, lo que podría ser útil para la formulación y revisión de hipótesis sobre situaciones de alguna manera semejantes.

II

Es sabido que el siglo XIX puede verse, desde cierto punto de vista, como un conjunto de dos procesos de emancipación: el de los ciudadanos con respecto a la tutela del monarca y el del conocimiento científico con respecto a la tradición filosófico-teológica. Como base e impulso de ambos procesos se identificaba y se celebraba la “razón”. En los partidos y parlamentos —según algunos, también en sindicatos, cooperativas y otras asociaciones populares— la “razón” establecía las reglas para una convivencia ciudadana ordenada y conveniente para todos. En las bibliotecas y los laboratorios encontraba las causas que actúan en la naturaleza (en las que quedaba incluido desde entonces el mismo ser humano), prometiendo así un dominio del mundo que garantizaba el progreso, y éste, a su vez, la felicidad.

No nos concierne aquí la relación entre la ciencia y la razón. En lo que a la organización social se refiere, empero, está claro que la razón no bastaba para fundamentar y comunicar el nuevo principio de legitimidad que sustituía, paso por paso y no sin sacrificios sangrientos por parte de quienes se enfrentaban a los esfuerzos restauradores del Congreso de Viena, el de la tradición dinástica. En todas partes, el nuevo soberano era un colectivo “imaginario” (Anderson, 1983), una comunidad que estaba por fraguarse aún. Pero contra toda evidencia empírica, se afirmaba una base material para cualquiera de estas comunidades nacionales: un conjunto histórico formado por la descendencia común, la ocupación tradicional de un espacio físico, el mismo idioma (en el cual, más todavía que en los paisajes, las bellas artes y las instituciones, se expresaba el alma colectiva). Paradójicamente, iban a ser precisamente las instituciones republicanas mismas —ante todo, la educación y el servicio militar obligatorios, el sistema administrativo unitario, uniformado y centralizado y la creación de una eficaz “opinión pública”— los mecanismos para crear la situación de la que supuestamente se partía. Y aún antes de existir como tal, este soberano instauró los ritos y los símbolos que lo representaban

—escudos y banderas, fórmulas y fechas, fiestas y conmemoraciones, uniformes y cargos, pasaportes y procedimientos, monedas y estampillas, visiones del pasado y fronteras.² Todos ellos objetos de veneración y de respeto, condensados en la proclamación del territorio inviolable, que es y debe ser garantizado mediante el ofrecimiento de la vida misma de todos y cada uno de los miembros del organismo social que lo habita.³

La identidad nacional como identidad total tuvo como consecuencia la eliminación práctica o, al menos, la subordinación definitiva de cualquier otra identidad y, al mismo tiempo, la elaboración de criterios precisos para definir la pertenencia de una persona a este organismo colectivo.

El primer aspecto ha sido analizado con agudeza en “La cuestión judía” (Marx, 1967:16-44). En más de una ocasión se ha señalado la contradicción de un modelo que trata de proyectar un tipo tradicional de relaciones sociales comunitarias sobre una colectividad cuya complejidad le impide funcionar así. Incluso ha sido indicado que uno de los rasgos decisivos de una nación es “el anonimato de sus miembros” (Gellner, 1989:17) y que precisamente la creación de esta nueva clase de identidad colectiva produjo una especie de “desarraigo”.⁴ El segundo aspecto, puesto de relieve en México hace poco por el debate sobre modificaciones constitucionales de los requisitos para poder acceder a la primera magistratura del país, ha tenido pocas variantes, unas más centradas en la descendencia (*ius sanguinis*), otras más en el lugar de nacimiento (*ius soli*); en ambos casos, obviamente, se trata de elementos poco relacionados con la voluntad y la razón y mucho con condicionantes de tipo natural y circunstancial.⁵ Pero es exactamente la misma fuente que la de los este-

² Conviene recordar aquí también las ideas colonialistas, de las que usualmente se destaca únicamente el aspecto económico. Empero, gran parte de la ideología justificadora del colonialismo se basaba en la idea de “extender” —en términos demográficos y culturales— la nación respectiva.

³ La conducta de los ciudadanos de muchos países en torno a competencias deportivas internacionales recuerda, además, que todos estos elementos no son de carácter meramente “cerebral”, sino fuertemente cargados de afecto y pueden desligarse por completo de fenómenos explícitamente “políticos”.

⁴ “No es extraño que el modelo político de la nación-Estado moderna no haya arraigado en definitiva, porque a fin de cuentas se basa en una filosofía del desarraigo. El rasgo que definió la modernidad fue la erradicación de las tradiciones religiosas y tribales. El proyecto histórico de la modernidad consistió en sustituir por el universalismo de la razón las virtudes del particularismo, que no sólo tienden a la intolerancia sino que también son un lastre para la expansión económica” (Gardels, 1993:41).

⁵ Viene a la mente el famoso discurso de Martin Luther King de agosto de 1963, en el cual describía como parte de su sueño para su país: “Yo he soñado que un día mis cuatro jóvenes hijos vivirán en una nación donde no se les juzgará por el color de su piel, sino por la fuerza de su carácter” (citado por Alponete, 1993:10).

reotipos nacionales, usados a veces de manera despectiva por los habitantes de países vecinos, otras enseñados con orgullo en las escuelas del país, como propiedades virtuosas de los miembros de una nación.

Tan fuerte es el concepto de nación y de su correlato inseparable, el Estado, que hasta ahora ha impedido pensar de manera alternativa en formas más comprehensivas de organización social; así, éstas sólo parecen imaginables como federación de Estado-naciones (las Naciones Unidas, la Comunidad Europea) o como una especie de supernación.⁶ No puede extrañar que muchos ciudadanos y gobernantes, a pesar de todo el apremio proveniente de las exigencias del desarrollo capitalista-industrial, desconfíen fuertemente de estos modelos —como se ha visto de manera paradigmática durante la reciente conferencia mundial sobre derechos humanos en Viena y en los referendos sobre la ratificación de los acuerdos de Maastricht—, ya que parecen implicar necesariamente la disminución de la “soberanía” estatal y, por tanto, de la identidad nacional y de sus perspectivas de reproducción autónoma.

III

Claro está que todo lo anterior no es privativo de Alemania. Es más, hay que tener presente que esta “nación retrasada” (Plessner, 1959), que sólo a partir de 1870 adquirió forma como tal y a costa de separarse de las áreas lingüísticas y culturales alemanas comprendidas en el imperio Habsburgo, ha tenido desde sus inicios una relación bastante problemática con su identidad nacional.⁷ Ésta se agudizó severamente a partir del fin de la segunda guerra mundial: con la pérdida de una porción significativa de sus antiguos territorios, la división en dos estados con regímenes socioeconómicos y políticos no sólo diferentes sino diametralmente opuestos, ninguno con soberanía política y militar plena, y, en cambio, con constituciones fuertemente tuteladas y dependencias en todos los órdenes, y con los copiosos movimientos migratorios, especialmente durante los primeros años de la posguerra.⁸ Cambiaron los símbolos patrios

⁶ Un aspecto interesante para examinar estas ideas es la cuestión lingüística; por ejemplo, la alternativa entre la convivencia políglota y la imposición de una sola lengua, incluso artificialmente construida (Eco, 1993).

⁷ Para pormenores, puede consultarse el reciente estudio de O. Dann (1993).

⁸ Durante los primeros años de la posguerra, cuando en los territorios de los dos estados alemanes vivían alrededor de 66 millones de personas, llegaron entre 10 y 15 millones de expulsados y refugiados de los antiguos territorios orientales y países de Europa Oriental; la mayor parte de ellos inmigraron a la República Federal Alemana.

y se reescribió la historia nacional divulgada durante el fascismo.⁹ Y se tuvo que cargar con antecedentes tan indiscutiblemente negativos que muchas veces parecía mejor no mencionarlos, callarlos, olvidarlos más todavía, cuando muchos de los maestros, jueces, oficiales gubernamentales y directivos empresariales habían estado comprometidos, de una manera u otra, con el Tercer Reich. Pero también lo que antecedería parecía proporcionar, a veces, pocas bases para una identidad asumible con orgullo:¹⁰ el fracaso de la República de Weimar, el militarismo responsable del estallido de la primera guerra mundial, la participación en la carrera colonialista apenas creado el Segundo Imperio... ¿Puede extrañar, entonces, que en la parte occidental (en la República Federal, la RFA) del país el esfuerzo dirigido a la reconstrucción económica fuera motivo y pretexto al mismo tiempo para aplazar la confrontación crítica con el pasado inmediato, mientras que en la parte oriental (en la República Democrática, la RDA) esta confrontación se finiquitó mediante la integración en el bloque socialista, ya que ésta implicaba, así se pretendía, el distanciamiento automático y efectivo de toda herencia nazi? Finalmente, siguiendo la expresión de J. Habermas (1990), se generó en la República Federal una especie de *DM-Nationalismus*, es decir, de “nacionalismo del marco alemán”: una identidad basada más en los resultados del “milagro alemán” de la posguerra que en elementos propiamente culturales o políticos. Es sabido cuánta trascendencia tuvo este elemento de identidad para el desplome de la República Democrática Alemana y la decisión sobre las modalidades concretas de su incorporación a la República Federal.¹¹

También por todos estos antecedentes, la caída del muro de Berlín y la nueva situación europea y mundial resultantes han afectado más y de

⁹ Desde un punto de vista posterior a la reunificación, este aspecto ha sido analizado por J. Borneman (1993).

¹⁰ De un curioso carácter sintomático es aquí el caso del himno nacional de la República Federal Alemana. Constituye la tercera estrofa de un poema escrito hace siglo y medio y trata de la unidad, la justicia y la libertad. Pero la primera estrofa de este poema menciona los cuatro puntos cardinales de una Alemania entonces no existente como entidad política, y actualmente se encuentran todos en los territorios de otros países.

¹¹ En este sentido, puede decirse que este desplome había sido preparado desde hacía mucho tiempo por un mecanismo inexistente en el resto de los países europeo-orientales; a saber, el acceso a una radio y, ante todo, a una televisión “occidental” sin barreras lingüísticas y culturales generales (véase Hesse, 1990, para la incidencia de esta última en términos generales y con respecto a la información sobre los acontecimientos políticos previos a la disolución de la República Democrática Alemana). Se recordará, además, la polémica en torno a la repentina introducción del marco alemán occidental en la parte oriental con la tasa de cambio uno a uno.

otra manera en Alemania, respecto a otros países, a las marcas de orientación identitaria acostumbradas. Especialmente, la carga financiera implicada en la igualación de la parte oriental del nuevo país con la occidental¹² ha creado una serie de situaciones que muy amplios sectores de la población experimentan como negativos, pues se ha traducido en aumento de impuestos, reducción de los servicios públicos y de la seguridad social y la anulación del acostumbrado crecimiento económico. Lo más duro es el desempleo que impera especialmente en la parte oriental, ya que los procesos de producción, en su gran mayoría, no resultan competitivos en términos del mercado mundial dominado por las potencias capitalistas “avanzadas”. Esto ha creado un gran número de ciudadanos sin perspectivas vitales: personas de edad mediana y avanzada que saben que ya no encontrarán ningún trabajo remunerado durante el resto de su vida y jóvenes que nunca han trabajado, pero que se ven en una situación de incertidumbre completa al respecto.¹³ A todo ello se agrega la introducción repentina de sistemas desconocidos de tipo administrativo, fiscal, judicial, escolar y hasta de tránsito, así como la afectación del papel de las mujeres (una situación particular se produjo por la legislación sobre el aborto, diferente en ambas partes del país), además de la presencia de numerosos visitantes y funcionarios que muestran tener poco interés y menos aún respeto por ningún aspecto de las formas de vida previas a la unificación.¹⁴ Los ciudadanos occidentales, en cambio, atribuyen a

¹² Para tener una idea de las dimensiones del problema, conviene recordar que se calcula que el flujo financiero de la antigua República Federal Alemana a la antigua República Democrática Alemana es y tendrá que ser por un buen tiempo todavía, anualmente, del orden aproximado de toda la deuda externa de México.

¹³ Mientras que en la parte occidental la tasa de desempleo relativamente alta en los últimos años ha llegado ahora a 8%, en la parte oriental, donde este fenómeno era desconocido, es de casi el doble. Se calcula que, de los 3.5 millones de puestos de trabajo en el sector industrial existentes al final de la República Democrática Alemana, quedan sólo 700 000. Como consecuencia, mientras que en la parte oriental vive aproximadamente una quinta parte de la población nacional, su contribución al producto interno bruto es menos de 8 por ciento.

¹⁴ De hecho, muchos comentaristas han llamado este proceso de unificación o reunificación un proceso de “anexión”. Para ponderar esta situación hay que recordar también la desproporción en cuanto a los datos básicos: en la antigua RFA vivían 62 millones de habitantes en 357 000 kilómetros cuadrados y en la antigua RDA, 17 millones de habitantes en 108 000 kilómetros cuadrados. Una antología publicada poco después de la unificación escogió como título un juego de palabras referente a los lemas “nosotros somos el pueblo” (utilizado en las decisivas manifestaciones de ciudadanos de la RDA contra su gobierno) y “nosotros somos un pueblo” (usado en ambos lados de la línea divisoria para primero exigir y después celebrar la unificación). Se llama *Nosotros somos el dinero* y describe, como reza el subtítulo, “cómo los alemanes occidentales compran la RDA”. Según el prólogo, “de lo que se hablaba era de ‘los hermanos y hermanas en el oriente de nuestra

menudo a la apatía de los antiguos ciudadanos de la República Democrática la desastrosa herencia ecológica, tecnológica y económica y se muestran renuentes a financiar con sacrificios personales el mejoramiento de los niveles de vida de sus nuevos compatriotas.

A tales circunstancias cotidianas desconcertantes, que para muchos individuos significan confusión acerca de cómo entender su lugar y sus perspectivas en un mundo cambiante, se agregan aquellas que derivan de la cambiada situación del país en su conjunto y que han llevado a enconados debates públicos. Entre los temas más discutidos están el papel económico de Alemania en la Comunidad Europea y su papel político en un escenario internacional en el que la confrontación Oeste-Este —con cuyo nacimiento se originó el país—, ha desaparecido, y la participación de las fuerzas armadas en acciones bélicas fuera del ámbito de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) (una situación completamente inédita para un ejército que desde su fundación no ha combatido en ninguna guerra y que ya se discutió apasionadamente con respecto a la guerra del Golfo y ahora se debate con relación a Somalia y a Yugoslavia).

A lo anterior se agrega el desencanto de numerosas agrupaciones ciudadanas, algunas de las cuales esperaban la era de una Europa unida y pacifista; otras, la conciliación de un industrialismo menos agresivo con un mayor cuidado de la naturaleza, y otras más, un compromiso más activo de su gobierno con los países del Tercer Mundo y con la promoción de los derechos humanos. A no pocos, finalmente, los ha desanimado el descubrimiento de la impresionante red de espionaje interna en la antigua RDA, la reducida posibilidad de llevar a los tribunales a quienes han violado derechos elementales durante la vigencia del “socialismo real”. En relación a lo último, hay que mencionar todavía la incómoda sospecha de que gran parte de la indulgencia mostrada por muchos ciudadanos y funcionarios en Occidente y Oriente hacia esta clase de delitos y crímenes provenga más del miedo por el hecho de que su persecución podría llevar a cuestionamientos sumamente críticos sobre el papel de los más diversos actores políticos occidentales (gobiernos, partidos, iglesias, funcionarios) durante todo este tiempo e incluso sobre paralelismos con el pasado nazi todavía oscuro en muchos aspectos, que de una auténtica inclinación humanista por el perdón. En este contexto, provocan reacciones encontradas las noticias acerca de que muchas personas que habían ocupado importantes cargos de dirección política, administrativa

patria’, de lo que se trataba era de ‘consumidores de habla alemana’. El ‘color del dinero’ era negro-rojo-oro” (Humann, 1990:7).

y económica en la antigua RDA se encuentran nuevamente en tales posiciones, mientras que en otras áreas parecen haberse producido “purgas” excesivas.

Para completar el panorama conviene agregar dos facetas más que no están directamente relacionadas con los fenómenos antes mencionados, pero que están en la mente de muchos ciudadanos. Uno es el creciente fastidio generalizado con respecto a “la política”, que se expresa en participaciones relativamente reducidas en procesos electorales y cristaliza en torno a los numerosos escándalos por corrupción económica y política que en los últimos años han obligado a renunciar incluso a varios ministros federales y primeros ministros. La otra es la creciente sensación de inseguridad en las calles, que en especial sienten los ciudadanos mayores (quienes, es importante recordarlo, representan en Alemania un porcentaje mucho mayor de la población total que en cualquier país latinoamericano).

Ciertamente, no todo es gris en este panorama y, desde luego, pueden encontrarse numerosos impulsos y puntos de partida que, aunque débiles, son esperanzadores. Pero el propósito de este esbozo rudimentario ha sido señalar aquellas condiciones generales que han llevado en muy poco tiempo, en menos de tres años, a una gran parte de la población a dudar seriamente de sus perspectivas, al menos en el corto y el mediano plazo, y con esto, de su orientación.¹⁵ Esto último no como individuos sino como miembros de naciones relativamente estables, con papeles claramente definidos en el panorama económico, político y militar mundial, que ocupaban en sus respectivos bloques posiciones de primera importancia y con una seguridad de vida cimentada en el crecimiento económico sostenido —los occidentales— y en la garantía estatal de trabajo y servicios sociales —los orientales. ¿Cuánto de todo esto sobrevive y sobrevivirá?, es lo que se preguntan quienes han disfrutado durante decenios de esta situación y aquellos que habían crecido con tal promesa y ahora se sienten defraudados y sin alternativas a la vista.

¹⁵ Lo que no puede ponderarse en el presente ensayo es la manera como una serie de situaciones de crisis sistémicas, de las cuales se mencionan sólo algunas en este texto, han contribuido a agudizar la problemática que aquí se discute. Entre los factores responsables de esas crisis se encuentran cuestiones de alcance general, tales como la restricción de diversos servicios de seguridad social y de asistencia médica por el actual gobierno conservador (véase para esto, por ejemplo, F. Krotz, 1988), un problema que, como es sabido, también ha sido calificado de prioritario en Estados Unidos por el gobierno del presidente Clinton; otros factores, como el avance incontenible del síndrome de inmunodeficiencia adquirida (SIDA), afectan, ante todo, a los jóvenes (véase, por ejemplo, Kentler, 1986).

IV

Es en este contexto que se dan las ya tristemente célebres agresiones contra extranjeros en Alemania, que van desde las miradas ofensivas y los insultos hasta los golpes en tumulto y el homicidio premeditado; el contexto de una nación que durante mucho tiempo y con cierta "naturalidad" se compuso de dos partes, y ningún grupo político de importancia esperaba o estaba preparado para afrontar la unificación y las consecuencias económicas y políticas derivadas de ella; una nación reunificada cuyas dos partes, aunque desde posiciones diferentes, habían basado sus esperanzas en el futuro más en el aspecto económico que en cualquier otro aspecto de la vida; un país cuyos inconfundibles enemigos tradicionales —el mundo capitalista para unos, el mundo comunista para los otros— desaparecieron de repente, pero donde las causas de temor sólo mutaron: la diseminación incontrolada de armas atómicas de la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), las guerras civiles cercanas (actualmente viven más de 300 000 refugiados yugoslavos en Alemania), el inquietante crecimiento del fundamentalismo islámico (particularmente ininteligible en un país europeo tan fuertemente secularizado), el avance incontenible de la farmacodependencia (causa, según algunos cálculos, de una tercera parte de los robos en casas habitación), las noticias alarmantes casi cada semana sobre daños ecológicos de consecuencias imponderables...

En situaciones como éstas, el problema no es sólo quién es y dónde está el enemigo. También existe la contraparte: ¿quiénes somos nosotros? ¿Quién está conmigo?

Es en la identificación de este "nosotros" donde aparece la funesta prolongación de la mítica base fundante de *la nación*: los elementos que sugieren, que exigen *la identidad como uniformidad*.¹⁶ "Se suele definir el Estado-nación como una organización política de población homogénea que comparte la cultura y la lengua, gobernada por individuos que pertenecen a dicha población y que sirven a los intereses de ésta" (Navari, 1987:25). En vista de las múltiples diferencias entre regiones, dialectos y estratos de educación, de ocupación, de variantes del cristianismo, de estatus, y de orientación electoral innegables, ¿dónde se halla esta identidad? ¿No resulta sugerente encontrarla en aquellos elementos que precisamente no son, o casi, susceptibles de ser cambiados: el color de la

¹⁶ Desde una perspectiva muy diferente, la de las "estrategias de desarrollo" pensadas para México, Guillermo Bonfil ha criticado muchas veces las implicaciones orientadas a la homogeneización cultural (véase, por ejemplo, Bonfil, 1991:94-95).

piel, el tipo de pelo y de facciones, el lugar de nacimiento, la adscripción etnicorracial de los antepasados? O, para formular lo mismo desde un punto de vista ligeramente diferente: ¿no son éstas las características más “propias” de una persona, porque nadie las puede perder, incluso cuando pierde todo lo demás? ¿Y no se encuentran precisamente aquí las características consignadas en el pasaporte, que son, a su vez, las que confieren derechos reclamables? Y ¿no son estos rasgos los más fáciles de reconocer aunque en realidad digan lo menos de una persona?¹⁷ Por lo demás, tienen la virtud de parecer claros y no necesitan de doctas discusiones: se tienen o no se tienen, se es o no es, se pertenece o no se pertenece.

Con relación a este último aspecto, dos grupos de extranjeros desempeñan en Alemania un papel particularmente importante. El primero es el de los turcos, cuya contratación oficial fue regulada por primera vez mediante un acuerdo intergubernamental entre Bonn y Ankara en 1961; actualmente forman el porcentaje más alto de extranjeros en el país¹⁸ (con respecto a lo cual hay que considerar que se concentran en las grandes ciudades, donde muchos de ellos suelen vivir en áreas más o menos claramente delimitadas y ocuparse en cierta clase de actividades económicas, de prestigio menor, por lo general). Las diferencias fácilmente distinguibles en cuanto al color de la piel y las facciones, además del acento, se agrandan también con respecto a los demás grupos de trabajadores migrantes que antes llegaron a Alemania, tales como italianos, españoles y yugoslavos, por la llamativa vestimenta tradicional de muchas mujeres y el trato que los hombres les suelen dar, la comida (a pesar de que ésta ha encontrado aceptación entre no pocos alemanes que incluso frecuentan también sus tiendas de víveres) y la religión que, al igual que el idioma, no es de origen europeo.¹⁹

¹⁷ Conviene recordar aquí la práctica de reportes policíacos y periodísticos de indicar acerca de una persona precisamente este tipo de características: edad, género, color de la piel o adscripción racial...

¹⁸ De los más de cuatro millones y medio de extranjeros legalmente residentes en el país—cifra que corresponde a 7.5% de la población nacional—, aproximadamente millón y medio son turcos, seguidos, en orden de importancia numérica, por medio millón de yugoslavos y medio millón de italianos. El año de más alta inmigración turca—al mismo tiempo, el año final del programa de inmigración de fuerza laboral proveniente de aquel país— fue 1973, con más de 600 000 migrantes. Un problema aparte, que no se puede tratar aquí, es el de los jóvenes, muchos de ellos nacidos y crecidos en Alemania, que son vistos como extraños en Alemania, y después del regreso de su familia a Turquía, también allá.

¹⁹ Desde luego, visto así, tampoco el cristianismo es de origen europeo, pero su europeización milenaria contrasta vivamente con la identificación del Islam como “árabe” o “asiático” y en lo cual hay que recordar que la relación de este último con el “Occidente

El segundo grupo lo constituyen los solicitantes de asilo que en muchos casos vienen de Asia y África negra, por lo cual son reconocibles a primera vista. Para evitar la creación de grandes concentraciones de ellos en campamentos o edificios especiales (en parte por el temor de que cualquier conflicto allí surgido pueda sugerir asociaciones con los campos de concentración nazi), el gobierno federal optó por asignar cuotas de asilados a cada una de las comunas del país. Considerando las cifras de los últimos años,²⁰ se entiende que a causa de esta disposición en la mayoría de las ciudades, incluso en las más pequeñas, de repente los alemanes tuvieron que convivir con un grupo cambiante de extranjeros en circunstancias muy especiales. Éstos eran para los alemanes sólo un “grupo”; usualmente, no compartían procedencia, nacionalidad, idioma, motivos de emigración, religión, costumbres, preferencias o tabúes culinarios, pero todos vivían durante meses, a veces años, en la angustiante espera de la decisión sobre su solicitud de asilo, privados de los apoyos familiares y religiosos acostumbrados, escasos de recursos económicos, confinados a menudo en albergues improvisados y siempre legalmente impedidos de trabajar. Observados con suspicacia por vecinos, paseantes y medios locales de difusión, se convirtieron por doquier en tema de conversación y causa de irritación permanente.

cristiano” ha sido mayoritariamente conflictiva —desde las recordadas cruzadas y “guerras turcas” hasta la paulatina anexión de la parte europea del reino otomano al imperio austro-húngaro durante el siglo XIX.

²⁰ Las cifras varían de acuerdo con las fuentes. Parece que en 1992 ingresaron en el país aproximadamente 450 000 solicitantes de asilo, 250 000 refugiados yugoslavos y 250 000 inmigrantes de origen alemán provenientes de diversos países del antiguo bloque comunista. Según un comentario periodístico reciente del antiguo canciller federal alemán (véase Schmidt, 1993:1), Alemania recibió en 1992 cuatro veces la cantidad de solicitantes de asilo que los restantes once miembros de la Comunidad Europea juntos. Para completar el panorama, hay que considerar que los procesos de reconocimiento legal de los aspirantes a asilados políticos podían durar muchos meses y hasta años, porque existía el derecho de apelación contra un fallo adverso. (La nueva legislación al respecto, que entró en vigor en julio de 1993, ha reducido fuertemente la admisión de solicitantes de asilo al país y facilita su rechazo en la frontera.) También hay que tomar en cuenta que un buen número de rechazados (de hecho, sólo una proporción muy reducida de los solicitantes suele obtener el reconocimiento oficial de asilados políticos) opta por quedarse de manera ilegal en el país, engrosando las filas de trabajadores ilegales provenientes en particular de diversos países asiáticos y europeo-orientales. Otro aspecto peculiar de la situación proviene del hecho que la definición alemana de ciudadanía se basa en el *ius sanguinis*, lo que implica, por ejemplo, que muchas personas con antepasados turcos, pero nacidos en Alemania y con un alto grado de dominio del idioma y de asimilación cultural siguen siendo legalmente extranjeros, mientras que muchos inmigrantes de Europa Oriental con antepasados alemanes obtienen fácilmente un pasaporte alemán, aunque nunca hayan estado en Alemania ni hablen el idioma.

Es importante recalcar que no se halla en discusión aquí el aspecto propiamente económico del asunto, sobre el cual circulan versiones muy diversas: por ejemplo, la contribución de los turcos al producto interno bruto (que parece ser mayor que su porcentaje poblacional) o al financiamiento de las pensiones (asunto vital en un país cuya pirámide de edad se amplía cada vez más en las cohortes de las personas mayores). Tampoco se trata de discutir los motivos en realidad económicos y no políticos de gran parte de los solicitantes de asilo (que muchas veces provienen precisamente de aquellas partes del mundo que habían sido, en siglos pasados, los destinos migratorios de muchas decenas de miles de alemanes y otros europeos) ni el porcentaje real de ellos involucrados en hechos delictivos (frecuentemente agrandado por la prensa amarillista). Finalmente, es importante recalcar que tampoco se trata aquí de derivar el clima y los actos xenófobos de una situación *coyuntural* particular.

En cambio, lo que aquí sí se trata es que este tipo de situaciones se están produciendo *en el trasfondo difuso pero efectivo de una idea de nación* forjada de acuerdo con el modelo de la “persona moral” en el sentido de “varios individuos considerados unitariamente” (Tamayo y Salmorán, 1979:29); por esta razón también se ha afianzado desde hace mucho tiempo la convicción de que a cada “nación” corresponde un “carácter nacional”, presente tanto en estereotipos populares como en estudios sociocientíficos.²¹ Visto desde otro ángulo, nos encontramos con la concepción favorecida por ciertos estudios de tipo funcionalista, según los cuales una cultura es un todo armónicamente integrado, o sea, un todo homogéneo. Como es sabido, esta concepción ha sido empleada profusamente para el estudio de etnias no occidentales y precisamente en la era de la construcción de los estados nacionales en el siglo XIX; en cierta medida, puede considerarse que una “nación” no es otra cosa que una especie de extensión de esta concepción de “etnia”.

Por esta razón también se entiende que la reacción a “los otros”, cuando están donde no deben estar, es decir, cuando se encuentran en un territorio que no es el “suyo” y/o cuando podrían querer integrarse (por nacionalización o matrimonio) con los linajes de quienes se consideran dueños ancestrales de ese territorio —como se ve, la vieja mística de *suelo y sangre* fundadora de la idea de nación—, sea de franco rechazo. Este rechazo no se dirige contra este u otro individuo o grupo extranjero

²¹ Para un resumen de este tipo de enfoques puede verse el estudio de De Vos (1981). Es interesante en este contexto, que poco después de la unificación de las dos Alemanias, surgieran denominaciones especiales para los habitantes de ambas partes (*Wessis* contra *Ossis*) y una gran cantidad de estereotipos y chistes sobre las conductas “típicas” de cada uno de estos sectores poblacionales.

particular. Lo que el rechazo procura es preservar la homogeneidad supuestamente existente o, en su caso, recuperar la homogeneidad perdida. Por lo tanto, trata de “limpiar” la sociedad de la “suciedad” que amenaza o estorba a esta homogeneidad. En este contexto, resulta importante recordar lo que M. Douglas afirma: “suciedad es esencialmente desorden. No existe algo así como suciedad absoluta: existe en el ojo del observador [...] La suciedad amenaza el orden” (Douglas, 1970:12). La eliminación de lo que contamina la homogeneidad es, al mismo tiempo, la creación y/o la reafirmación de un orden —en este caso particular, la del orden nacional “natural”.²²

Esta perspectiva es confirmada por dos facetas ampliamente documentadas. La primera consiste en que la violencia verbal y física que muchos individuos y grupos dirigen contra los extranjeros se dirige también y en los mismos términos contra personas visiblemente minusválidas, por ejemplo, contra personas en sillas de ruedas y, en ocasiones, también contra personas de muy avanzada edad. Estos ciudadanos distorsionan la imagen homogénea supuesta y deseada: al igual que a los otros venidos de fuera, hay que eliminarlos. Ni éstos ni aquéllos tienen derecho a la existencia —al menos, no en este país, en nuestro país, el país de los nuestros, un país fuerte por la uniformidad de sus habitantes.

La segunda faceta aparece en el comportamiento de dos sectores juveniles antagónicos que, muchas veces en correlación directa con la falta de ocasiones y medios de esparcimiento y de ofertas de trabajo y aprendizaje adecuados y con fuerte consumo de alcohol, dedican buena parte de su tiempo a pelear con otros, particularmente con bandas del sector juvenil opuesto y, en el caso de uno de ellos, también con los extranjeros. En ambos sectores se ha desarrollado toda una parafernalia simbólica, que va desde el uso de cierto tipo de ropa y de ornamentos hasta determinada clase de saludos y palabras y, de manera destacada, la modelación del propio cuerpo, especialmente mediante tatuajes y peinados. Más famosos que los denominados “autónomos” (melenudos y con frecuencia identificados como “de izquierda”) se han vuelto, sin lugar a dudas, los llamados “cabezas rapadas”, los *skinheads* o simplemente *skins* (usualmente identificados como “de derecha”), que son precisamente los responsables de muchos de los ataques organizados a residencias de solicitantes de asilo, a casas habitadas por familias de extranjeros y a extranjeros individuales con quienes se encuentran en lugares públicos.

En ambas facetas asoma claramente un *ethos biologicista o natura-*

²² Obviamente, aquí aparece la problemática ampliamente debatida en torno a la llamada “sociobiología” o “biosociología”.

lista, el cual, a su vez, se relaciona con la mencionada visión de la nación como “organismo”. En la primera aparecen los agresores de “los otros” como los que se toman el derecho del más fuerte para expulsarlos, para eliminarlos del espacio vital propio.²³ En el segundo, la formación de bandas, cuyo momento culminante es siempre el combate violento con otros grupos (bandas de signo contrario o los extranjeros entendidos como grupo unitario), es precisamente la pertenencia a una agrupación de iguales, lo que proporciona no sólo protección, sino, ante todo, sentido al individuo. Este aspecto (puesto de relieve por la mencionada uniformación) se aprecia de manera paradigmática en el enunciado (por demás, rimado) de uno de estos jóvenes: “*Bevor ich gar nichts bin, bin ich lieber Skin*” (Antes que ser nadie, prefiero ser cabeza rapada).²⁴

Hasta donde se puede ver, sólo una reducida minoría de estos protagonistas mayoritariamente juveniles de los ataques xenofóbicos puede ser considerada portadora de una sólida doctrina de tipo racista y específicamente nazi.²⁵ Sin embargo, es igualmente obvio que precisamente este naturalismo que permea toda su visión del mundo y su estrategia es y ha sido punto de partida de este tipo de ideologías.²⁶ A esto se agrega que su situación de marginados económicos y sociales los vuelve fácilmente presas de líderes carismáticos y no puede extrañar que encuentren en símbolos, sucesos, personajes y elementos doctrinales del Tercer Reich algo que les suena familiar. Más aún, hay que suponer que este mismo trasfondo difuso proporciona precisamente la base para la *aprobación silenciosa* de este tipo de acciones por parte de muchos ciudadanos alemanes; ésta, a su vez, es entendida como una especie de reconocimiento

²³ En esto aparece uno de los muchos cruces entre los diversos elementos mencionados a lo largo de este ensayo que aquí no se pueden seguir más: el tratar de hacerse justicia con las propias manos —en este caso, la justicia de la pureza nacional— puede resultar de la falta de confianza en la “organicidad” de las instancias políticas existentes —y antes se habló del agudo malestar de amplios sectores poblacionales con respecto a elementos centrales en un sistema parlamentario tradicional, como lo son elecciones, partidos políticos e instancias gubernamentales. Empero, también puede derivar de una primitiva idea del derecho del más fuerte a secas que supuestamente rige todo el orden de la naturaleza.

²⁴ Citado en un artículo del semanario *Der Spiegel* (año 47, 24.06.1993, núm. 24:21).

²⁵ En el artículo citado en la nota anterior, se identifican, de acuerdo con un reporte policiaco, tres grupos: “Los *skins* nazis, simpatizantes de organizaciones neonazis —se ven en lucha contra, por ejemplo, ‘seres infrahumanos provenientes de Judea o el país de los negros’ [utilizándose aquí la voz despectiva ‘negro’ en el sentido de ‘nigger’]; los *skins* influidos por la extrema derecha —no se ven como nazis, pero se dejan guiar por el odio contra todo lo ‘no alemán’—; los *skins* apolíticos —para ellos se trata, ante todo, de una manera propia de entretenimiento: emborracharse, fútbol, música, alboroto” (p. 23).

²⁶ Véase para esto Wrangel (1993:101 y ss.).

tácito a estos jóvenes malhechores y delincuentes que no reciben ninguna atención y menos algún tipo de estímulo de nadie.²⁷

Conviene recalcar un último elemento de este naturalismo. Se presenta, igual que otros fundamentalismos, como evidente por sí mismo. En virtud de que no se basa en un conjunto articulado de argumentos, resulta sumamente difícil llevar a cabo cualquier intento de promover la reflexión o un debate racional sobre esta posición y sus implicaciones, tanto con respecto a quienes abiertamente la profesan, como con respecto a quienes sólo calladamente la apoyan o, en todo caso, no se manifiestan en contra.

V

En un conocido libro de texto antropológico se afirma que la “etnocentricidad es la condición natural de la humanidad” (Lewis, 1976:13). Desde luego, la humanidad existe sólo como *conjunto de grupos diferentes* unos de los otros. Es más, la conciencia de una identidad sociocultural de “nosotros” nace y se forma frente a la de “los otros”, en las dialécticas relaciones interculturales. Durante la mayor parte de la evolución humana, al parecer, estas diferencias se han definido en términos biológicos.²⁸ Precisamente las ciencias sociales y, en particular, las ciencias antropológicas mostraron, desde su nacimiento, que todas o casi todas las diferencias consideradas “naturales” son de carácter sociocultural, empezando por el proceso de seleccionarlás como marcas distintivas de identidades colectivas.

¿Cuál es la tarea de las ciencias sociales y, en particular, de la antropología frente a la situación actual? Existen, al menos, tres direcciones en las cuales hay que trabajar.

La primera sería una prolongación de la tarea iniciada hace ya más de un siglo. Porque, como se ha visto, las acciones xenofóbicas no pueden verse como choques entre culturas. No pueden interpretarse así, por-

²⁷ Las estimaciones acerca de los miembros de grupos de *skinheads*, etc., varían; según un estudio reciente, se trata de alrededor de ocho mil personas. Pero resulta preocupante que más de dos tercios de las agresiones registradas contra extranjeros hayan sido realizadas por jóvenes de entre 16 y 21 años y que un número mucho mayor que los participantes en grupos de *skinheads* haya aceptado en encuestas la aplicación de violencia física contra los extranjeros (véase Dachs, 1993).

²⁸ No puede seguirse aquí el tema de la definición de “los otros” en términos religiosos, pues llevaría a considerar otro tipo de xenofobia. Conviene recordar, empero, que el conocido debate europeo sobre la naturaleza de los habitantes de América muestra que la distinción de ambos tipos de delimitación resulta a menudo difícil.

que los agresores no conciben a sus enemigos como miembros de otra comunidad humana semejante a la suya. Los elementos básicos con los que los marcan y por cuya existencia los quisieran excluir de su ámbito vital no son elementos culturales sobre los cuales se pueda discutir, respecto de los cuales podrían producirse entendimientos. Son elementos dados de una vez para siempre, intransferibles, no comunicables. Clasifican de manera atemporal y definitiva. Por esto ni siquiera puede hablarse de "etnocentricidad", dado que ésta implica, en el sentido antropológico, siempre y ante todo la referencia a los elementos culturales, que son traducibles, comprensibles, mutables, susceptibles de ser aceptados por otros. Pero aquí, la *cultura* queda reducida a la *biología*, lo característico de una *sociedad humana* al inventario de ciertos rasgos anatómicos y fisiológicos repetidos por los individuos de una *especie*, la complejidad de *lo colectivo-social* a la simpleza de un agregado de *organismos* que habitan en determinada porción del planeta.²⁹

Frete a esto, la antropología demuestra que todos los rasgos característicos de una sociedad no son de carácter natural, sino resultados de la creación humana y, con el avance evolutivo, cada vez más susceptibles de opciones. Por ello, las colectividades humanas no pueden ser analizadas como entidades estáticas y de carácter inmutable. Por el contrario, hay que dar cuenta de los constantes procesos de transformación a los que se encuentran sometidas. Y estas transformaciones son en su mayor parte resultado de la interacción entre las colectividades, de las relaciones interculturales. Así, el concepto de frontera deja de tener su carácter de separación y obtiene la connotación de un área de contacto, de comunicación, de encuentro.³⁰

Empero, lo anterior no significa —y éste sería el segundo punto que se debe trabajar— que se esté haciendo el juego al cómodo relativismo posmoderno, en el cual las diferencias socioculturales pierden, al fin y al cabo, todo significado teórico y práctico, filosófico y científico; en el cual la tensión entre las diferencias, el reto mutuo que significan y la dinámica evolutiva que se hace patente en su articulación, se diluye en la plana simultaneidad espacial. Privilegiar este punto de vista significa

²⁹ Otra comparación interesante que no puede seguirse aquí ha sido mencionada *supra*. A diferencia de los antropólogos decimonónicos como L. H. Morgan (s/f), que distinguían claramente entre los niveles de complejidad diferentes de la "comunidad" y la "sociedad", la concepción aquí criticada soslaya esta diferencia cualitativa, presentando, por así decirlo, la nación simplemente como una "etnia" o "tribu" muy numerosa.

³⁰ "La producción de culturas nacionales requiere ante todo la demarcación de límites, una segmentación del flujo general" (Foster, 1991:236). Para la visión alternativa de las fronteras como zonas de contacto, véanse Vilar (1980:147 y ss.) y Krotz (1989:142; 1990a).

encontrarse involucrado en la discusión sobre derechos y obligaciones de grupos culturales diversos en espacios y tiempos precisos. Y esta discusión es, en la situación actual, la discusión sobre la necesaria ampliación de los diversos catálogos de derechos elementales del ser humano, que hasta ahora se han limitado casi exclusivamente a los derechos de las personas tomadas como individuos. No sólo los magros resultados de la reciente cumbre mundial sobre los derechos humanos en Viena y la amplia reticencia para atender la propuesta de Naciones Unidas con respecto a los derechos de los pueblos indígenas demuestran que este difícil debate —que se encuentra urgido de los aportes de las ciencias sociales— se halla todavía en sus inicios. ¿Cómo imaginar una “nación”, las instituciones de un “Estado” que fomente la diversidad enriquecedora, en vez de tratar de imponer, por muchos medios, la homogeneidad? ¿Cómo imaginar, cómo encaminarse, por ejemplo, hacia un tipo de heterogeneidad regional acerca de la cual, con referencia a Europa, se ha escrito que “estamos a favor del regionalismo, siempre y cuando con ello se pretenda conservar o fortalecer algo esencial, y en contra, cuando se dirija contra otros; despreciamos el tumor canceroso del nacionalismo violento, independientemente de si proviene de irlandeses, croatas, vascos o servios...”? (Nooteboom, 1993:17).

Aquí, empero, hay que retomar la creencia hecha patente antes: el problema de la xenofobia y de sus estallidos violentos, incluso etnocidas y genocidas, no sólo es consecuencia y se expresan en determinada concepción naturalista de fenómenos que pertenecen a un orden distinto de la realidad. De hecho, esta conflictiva relación entre “nosotros” y “los otros” en numerosos países y entre los pueblos forma parte de un conjunto de retos cuya reciente agudización merece considerar que nos encontramos al inicio de una nueva época —independientemente del fetiche numérico, que hace hablar del fin del siglo y del fin del milenio como realidades tangibles.

Entre estos retos —globales en sus causas y perspectivas de solución— se hallan, sobre todo, dos. Primero: la necesidad de reconstruir de un sistema de producción que no debe seguir agudizando, al mismo tiempo, las contradicciones entre el “Norte”, cada vez más opulento, y el “Sur”, cada vez más miserable, y la destrucción de los recursos naturales de los que depende su existencia. Segundo: los masivos movimientos migratorios a escala mundial y en todas partes que no parecen tener parangón en la historia humana conocida³¹ y que, junto con tecnologías de comunica-

³¹ Incluso los movimientos migratorios de alguna manera comparables con los que se dieron entre los siglos XVI y XIX en el Caribe fueron sólo de carácter regional. Piénsese

ción cada vez más potentes, están produciendo no sólo encuentros conflictivos y mestizajes inevitables, sino, ante todo, opciones culturales nunca antes vistas.

La creciente pobreza en el mundo y los múltiples tipos de migración y de tensión por ella provocados, la conciencia de la inviabilidad ecológica, energética, económica y política del modelo vigente de organización social, ¿no son situaciones completamente inéditas? ¿No son situaciones propicias para provocar la fantasía de buscar alternativas novedosas, para incitar a la realización de experimentos audaces?

Ante una tarea de tal envergadura, parece poco prometedor tener como punto de partida un tipo de autoidentificación del “nosotros” que confunde el reconocimiento de la particularidad sociocultural propia con la necesidad de eliminar el contacto con “los otros”, y como última expresión de esta lógica, su misma eliminación. Se trataría de una autoidentificación fundamentalmente defensiva, que puede imaginarse el futuro sólo como la pervivencia de las configuraciones actuales con las delimitaciones presentes, en vez de como emergencia de lo nuevo que nace ya ahora mismo de las articulaciones y combinaciones de lo diferente, de los encuentros entre las culturas.

Más allá de ciertas coyunturas históricas que parecen hacer aflorar casi por necesidad posiciones de tipo racista,³² el problema radica en ciertos *mecanismos* que, desde hace mucho tiempo, impiden soñar el futuro de un mundo digno para todos y los subsecuentes intentos de captarlo conceptualmente y de realizarlo —de modo anticipatorio aunque frag-

so lamente en los refugiados: “Jamás ha habido tantos refugiados como en nuestro siglo. Su cifra se estima entre 200 millones y 250 millones. Actualmente hay en todo el mundo entre 13 millones y 15 millones de refugiados oficialmente registrados y al menos igual número de ‘refugiados en el mismo país’, categoría no prevista por el derecho internacional” (Müller, 1990:13-14). En otro lugar se ha afirmado que “de acuerdo con cifras del Banco Mundial, la migración internacional neta para el periodo 1985-1990 fue de 80 millones de personas en la totalidad de los países receptores. La misma fuente señala que la secuela de refugiados, resultado del fin de la guerra fría (cerca de 17 millones de personas entre posibles desplazados que buscarán acomodo en terceros países) ha borrado la frontera entre migrantes políticos y migrantes económicos” (Aragónés, 1993:43).

³² El antropólogo psicoanalítico M. Erdheim (1993:4) ha señalado, por ejemplo, que “cuando el cambio cultural conlleva una pérdida de privilegios y el surgimiento de la pobreza se comienza a ver como un peligro a los extranjeros, a los inmigrantes y a quienes buscan asilo político. El racismo es una ideología que conforta a los nacionales pobres sin privilegios, diciéndoles que, sea como sea, pertenecen a una raza superior. Al mismo tiempo, los extranjeros sirven para explicar la mala situación de los nacionales [...] Si no fuera por ellos, todo iría bien”. Empero, como ya se subrayó, lo que en este ensayo se trata de descubrir es un tipo de concepto y de organización social particular que provoca este tipo de dehmitación.

mentario. En el nivel de las ideas y de los sentimientos, estos mecanismos asocian el cambio con la inestabilidad, la transformación con la pérdida, el futuro con el temor, lo nuevo con lo angustiante; frente a ello, abogan por mantener lo que existe, por la petrificación de los perfiles acostumbrados, por el fortalecimiento de los límites creados en el pasado.³³

La división del mundo en naciones “naturales” y “homogéneas” fue tal vez, en el pasado evolutivo de la humanidad una etapa necesaria. Asumirla en la actualidad como base del futuro significará la generación e intensificación de tensiones sociales y la violación de derechos elementales de individuos y colectividades a todas luces intolerables. Significará oponerse a lo que es la característica esencial de la vida humana en comparación con la de todas las demás especies: *la unidad en la diversidad cultural*.

Recibido en octubre de 1993

Revisado en octubre de 1993

Correspondencia: Unidad de Ciencias Sociales/Hideyo Noguchi/Calle 59 #490/
C.P. 97000/Mérida, Yucatán.

³³ Véase para esto mi ensayo sobre utopías y antiutopías (Krotz, 1990b).